

ABIERTO POR REFORMAS

Existe la creencia de que el alma, la humana al menos, pesa 21 gramos. Esto significa que al morir, al desprendernos del espíritu, el cuerpo pierde la medida de la masa del alma y pesa menos. Claro que hay seres desalmados que no tienen nada que perder cuando los llega la hora y por mucho que se crea o se diga que el alma es tangible, material y, por ende, mensurable, con ellos no va el asunto.

En cualquier caso, sea o no aceptable esta teoría que el doctor **Duncan MacDougall** lanzó hace aproximadamente un siglo, lo que me interesa subrayar en estas líneas no es el peso del alma sino su huella, su capacidad erosiva, su potestad para alterar la realidad y transformarla en abstracción, en estructuras poéticas o en lenguaje altamente lírico.

Podría ponerles abundantes ejemplos, recurrir a los sugerentes ejemplos de la pintura, a la obra de **Kandinsky, Klee, Zóbel, Mompó, Rothko, Pollock, Kline, Mondrian, Friedrich, Ryder, O'Keeffe...**, pero me ahorraré el trabajo y les invitaré, sencillamente, a la exposición que estos días y hasta el 25 de octubre se puede contemplar en la Sala Municipal de la Loma del Pescado. Se trata de

JOSÉ
LUIS
FERRIS



una muestra de obras que bajo el título de «Paisaje / Memoria» recoge la última propuesta plástica de Dolores Balsalobre.

La pregunta también es sencilla: ¿y qué pinta el alma en todo esto? Pues precisamente todo. Como los románticos del XIX, la artista se enfrenta ahora al paisaje, pero no para que los vientos huracanados azoten su rostro y expandan sus cabellos, no para desafiar a las fuerzas de la naturaleza ni esgrimir contra ella, contra la majestuosidad de sus cumbres y cordilleras. el terror, el asombro o el miedo a la infinitud. Lo que busca la artista en los paisajes aquí citados y evocados es todo un gesto de conciliación, es el puro deseo de entablar un diálogo con ellos, es la búsqueda de lo espiritual en el prodigio geológico, el hallazgo de lo sobrenatural en lo natural.

Dolores Balsalobre confiesa que las series que ahora nos muestra están inspiradas sobre todo en la cor-

Dolores Balsalobre o los caprichos del alma

dillera de los Andes, en «las vivencias de un mes vagando por la inmensidad de los paisajes vírgenes de Patagonia», también en la Bahía de Ha Long, en Vietnam o Namibia.

Sin embargo, lo que el público y el espectador va a encontrar en las salas de la Lonja no son lugares ni espacios físicos, sino lo que el alma quiere, lo que a la memoria se le antoja evocar de este o aquel paisaje. No se trata, pues, de pintar la belleza sino la complejidad de emociones que ésta nos provoca, los modos en que alojamos en nuestra mente la grandeza de un momento único, el mecanismo líneo que puso en marcha la visión de aquel lugar... Lo que vemos no es una mera transcripción de la vida, sino la música interior que ésta enciende en la pintora. Balsalobre viaja, descubre, halla, observa y retiene, almacena en la memoria. Todo cuanto sus ojos y su sensibilidad han percibido (imágenes, contornos, planos, volúmenes, pers-

pectivas, proporciones...) sufre después un proceso de fermentación, de depuración o transfiguración de las formas, los significados, de modo que el resultado último es lo que emerge directamente del alma (emoción, intuición, pensamiento) y se vuelca en el lienzo a través de una caligrafía, en este caso, nueva, fresca, plagada de signos y pulsiones, gestos y trazos, incisiones de espátula o de pincel... Lo que ha pintado Dolores Balsalobre no es un producto más de su evolución plástica, ni siquiera un juego inocente o meramente lúdico, lo que ahora nos enseña es la sustancia (secreciones) del espíritu, lo que brota del interior de su cuerpo, lo que se ha ido haciendo dentro de ella a partir de una lejana realidad vista y observada.

¿Y qué música es la que se nos invita a escuchar? ¿Qué atmósferas emergen de sus cuadros? Sin miedo a equivocarnos, lo que se ve y se oye es la quietud, la magia del silencio,

la poética de los mundos olvidados, las huellas del olvido, la serenidad posada en el espacio, el inmenso vacío de la tierra, el poder intemporal de la nada, el lirismo de la oquedad o el espíritu de la vida hablándonos desde el misterio, desde la trascendencia. desde las cumbres que claman (siempre en silencio) paz, calma y libertad. Paisajes íntimos, pues, de una naturaleza real que se cita a ciegas con el espíritu, y que con el espíritu (como en «Cántico» de San Juan de la Cruz) se ayunta en perfecta armonía, en delicada unión: «¡Oh noche que juntaste / Amado con amada. / amada en el Amado transformada!».

En síntesis: El paisaje es sólo un pretexto, un provocador digno y asustado que sale al encuentro del alma. Hay artistas que no perciben esta alta llamada de la vida, pero Dolores Balsalobre sí. La necesidad de inmortalidad de su espíritu artístico ha captado la onda de la naturaleza y allá que se ha puesto a crear, a recrear, a comunicar sensaciones y a transformar energías ponderables en secreciones del espíritu.

Ella sabe que el arte es así. que el peso del alma puede ser infinito. □